La poesía en las tres décadas posteriores a la Guerra Civil: Miguel Hernández, Blas de Otero, Gil de Biedma y Gloria Fuertes

1. Introducción

Como sucede en los demás géneros literarios, la Guerra Civil produjo un corte en la evolución de la lírica española ya que muchos autores fundamentales mueren (A. Machado o Unamuno, por causas naturales; Lorca, asesinado), deben exiliarse (J. R. Jiménez, Alberti, Salinas o Cernuda) o son encarcelados (Miguel Hernández, que muere en prisión).

Los **poetas exiliados** seguirán desarrollando su obra manteniendo en ella los principales rasgos que la caracterizan, aunque, en muchos casos, incluyendo a partir de ahora como temas importantes la evocación nostálgica de España, el dolor del destierro o la soledad. Además de Juan Ramón y los poetas exiliados del 27, destaca la obra de León Felipe, caracterizada por el estilo conversacional y el tono “profético” (la voz lírica interpela al receptor, arenga, denuncia, anuncia hechos futuros...). Todos estos rasgos se pueden observar en uno de sus libros más representativos: *Ganarás la luz* (1943).

Por lo que respecta a la **poesía desarrollada en España** en este periodo, se suelen reconocer tres etapas básicas: la poesía de los cuarenta (en la que sobresale la poesía de tipo existencial), la poesía social de los años cincuenta, y la llamada poesía del conocimiento, predominante en los años 60 hasta la irrupción de *Los novísimos* a finales de esa década. A este panorama hay que añadir, a modo de “prólogo”, la obra de Miguel Hernández, un poeta que sirve de nexo entre la poesía anterior y posterior a la Guerra Civil.

2. Miguel Hernández

Miguel Hernández (1910-1942) mantuvo una estrecha relación con los poetas del Grupo del 27 y su obra, de hecho, evoluciona también desde la deshumanización vanguardista hacia una poesía humana. Por todo ello suele ser considerado un epígono o continuador del 27. En su obra se suelen distinguir cuatro fases, asociadas con sus diferentes libros:

- *Perito en lunas* (1933): Poemario de contenido muy hermético, plagado de metáforas, muy influido por las vanguardias y el neogongorismo de moda en esos años.

- *El rayo que no cesa* (1936): Es la obra que lo convierte en un poeta reconocido en la época. Los temas principales del libro, compuesto básicamente por sonetos, son el sufrimiento amoroso y el destino trágico del hombre (temas, pues, profundamente humanos). El libro finaliza con la conocida elegía a su amigo Ramón Sijé, en tercetos encadenados.

- *Viento del pueblo* y *El hombre acecha*, publicados durante la Guerra Civil. Son libros de poesía social y combativa en los que progresivamente, a medida que la Guerra avanza y se presiente la derrota republicana, la esperanza y el optimismo iniciales son sustituidos por una visión sombría de la realidad.

- *Cancionero y romancero de ausencias*: La mayoría de los poemas de este libro fue escrita en la cárcel [Miguel Hernández fue condenado al término de la Guerra a pena de muerte, conmutada luego por treinta años de prisión, pero murió de tuberculosis en 1942] y el libro se publicó póstumamente. Se trata de una poesía intimista, formalmente sencilla y muy emotiva, en la que dominan el romance y las formas neopopulares. En ella se expresa el dolor por la pérdida de la libertad y la ausencia de sus seres más queridos: su mujer y

su hijo. Entre los poemas más conocidos de este libro se encuentran las llamadas “Nanas de la cebolla”, poema popularizado gracias a la versión cantada por Joan Manuel Serrat.

Los temas básicos de la poesía de Miguel Hernández son el amor (en sus múltiples vertientes, desde el erotismo hasta el amor paterno-filial), el sentimiento trágico de la vida (frecuentemente asociado con la frustración amorosa) y el compromiso social y político (al odio y la crueldad humanos, la voz lírica opone la solidaridad y la esperanza). Destaca el uso de símbolos eróticos como el vientre y el sexo femeninos (asociados con vida, plenitud, fecundidad, seguridad), los símbolos del dolor (armas, cuchillos, puños), o los de la muerte (el toro, la oscuridad, la noche).

3. La poesía de los años 40

En la lírica inmediatamente posterior a la Guerra Civil suelen distinguirse dos líneas:

a) La **poesía arraigada**, practicada por poetas militantes en el bando vencedor que exponen una visión optimista de la realidad. Utilizan formas clásicas y tratan temas tradicionales como el amor, la naturaleza o el sentimiento religioso. Esta poesía está representada por dos importantes revistas: *Escorial* (en la que escriben autores como Luis Rosales, Leopoldo Panero o Dionisio Ridruejo) y *Garcilaso*.

b) La **poesía desarraigada** muestra, por el contrario, la disconformidad con el mundo y una honda angustia existencial. Entre las revistas de referencia para estos poetas destaca *Espadaña*. Los dos libros más representativos de esta corriente, ambos de 1944 y escritos por poetas de 27, son *Sombra del paraíso*, de Vicente Aleixandre, y, sobre todo, *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso.

Los temas de esta **poesía existencial** son el sufrimiento del ser humano en un mundo dominado por el dolor, la soledad, la injusticia, el odio, la incomunicación y la muerte, y la búsqueda angustiada de un Dios que no existe o no responde. Muchos autores de esta línea evolucionarán en la década siguiente hacia la poesía social.

4. La poesía social de los años 50. Blas de Otero

La poesía social es la corriente lírica dominante en la década de los cincuenta y constituye una evolución de la poesía existencial al plantear un paso temático del yo al nosotros, de la angustia personal al compromiso con la sociedad. Estos poetas conciben la poesía como un medio de denuncia de las desigualdades y la falta de libertad, y confían en su contribución al cambio político y social. Los temas fundamentales son, pues, la defensa de la justicia, la igualdad, la solidaridad, la paz y la libertad. Con la intención de manifestar claramente sus inquietudes y llegar a un público lo más amplio posible, los poetas adoptan un estilo cercano al lenguaje coloquial, lo que los lleva a caer a veces en el prosaísmo.

Los dos autores más representativos de esta poesía son **Gabriel Celaya** (1916-1991) (cuya obra más importante es *Cantos iberos*, de 1955) y **Blas de Otero** (1916-1979).

En la obra de Blas de Otero se pueden distinguir tres etapas:

- Una primera etapa de **poesía existencial** en la que la voz lírica reflexiona con angustia sobre la existencia humana, marcada por la muerte, la desolación del mundo y el silencio de Dios, que ha abandonado al hombre y al que el poeta se dirige sin obtener respuesta. Su estilo destaca por el tono dramático, manifestado a través de encabalgamientos y pausas abruptas en el verso. Los libros más importantes de esta

época son *Ángel fieramente humano* (1950) y *Redoble de conciencia* (1951). La mayor parte de los poemas de estos dos libros, junto a otros poemas nuevos, integraron posteriormente *Ancia* (1958) [título que une la primera y última sílaba de los títulos de los libros anteriores].

- La segunda etapa supone la adopción de la **poesía social** y comprometida. El poeta se solidariza con los que sufren y dedica su poesía “a la inmensa mayoría”. Frente a la injusticia y la falta de libertad, el poeta expresa su esperanza y sus deseos de convivencia pacífica y fraternal. Los libros más representativos de esta etapa son *Pido la paz y la palabra* (1955) y *Que trata de España* (1964). “Paz” y “palabra” son, de hecho, las palabras claves de la poesía esta etapa al simbolizar la ausencia de injusticias y de sufrimiento, la libertad de expresión y la libertad política.
- Algunos autores reconocen una tercera etapa en la que cobra una mayor presencia la intimidad personal (la infancia, la vida cotidiana) y se cultiva la **experimentación**: presencia de imágenes irracionales y del absurdo (influencia del Surrealismo), convivencia de poesía y prosa, etc. A esta última etapa pertenecen libros como *Mientras* (1970) o *Historias fingidas y verdaderas* (1970).

5. La poesía de los años 60. Jaime Gil de Biedma y la poesía del conocimiento

En los años sesenta pierde peso progresivamente la concepción de la poesía como medio de denuncia y de transformación social: al cansancio de la reiteración de formas y temas hay que unir la constatación de la escasa influencia de la literatura en la posible transformación política y social de España. Frente a la poesía como medio denuncia y transformación social se asume ahora una visión de esta como un medio para el conocimiento de la realidad y del propio yo. Los autores tratarán de poetizar **su experiencia personal** mediante el recurso a lo íntimo, los recuerdos, la subjetividad... Sus temas preferidos son el paso del tiempo y su poder destructivo, la nostalgia de un pasado más feliz (la evocación de la infancia y la juventud), el amor (presentado a veces de forma transgresora y anticonvencional: erotismo explícito, amor homosexual...), y la metapoesía (la reflexión sobre la creación poética). No se abandona la crítica de la situación española, pero se suele hacer desde una perspectiva escéptica, irónica e incluso con cierto humor. Paralelamente, estos autores plantean un enriquecimiento del lenguaje poético frente al prosaísmo de la poesía social, si bien suele dominar en su obra un lenguaje cercano al coloquial.

Entre los autores más destacados de esta etapa y corriente se encuentran los poetas de la Generación del 50, como Ángel González, José Ángel Valente, José Agustín Goytisolo, Francisco Brines, Claudio Rodríguez, José Hierro o Gloria Fuertes, aunque hay que tener en cuenta que todos los autores citados tienen una obra poética extensa que no se limita a este periodo ni a esta corriente lírica.

El autor más influyente de la poesía del conocimiento es **Jaime Gil de Biedma** (1929-1990). En su obra se puede percibir la influencia de Antonio Machado y, sobre todo, la de Luis Cernuda. Los temas fundamentales de su poesía son el paso del tiempo (vinculado con el recuerdo y el análisis de las experiencias personales), el amor (que Gil de Biedma vivió a veces de forma conflictiva desde su condición homosexual) y la reflexión sobre la historia y la situación de España, todo ello con una visión que se irá haciendo más pesimista a lo largo del tiempo.

Estilísticamente destaca, además del tono conversacional y meditativo, el desdoblamiento de la voz lírica, que con frecuencia se dirige a un tú que es el propio yo poético. Este diálogo con uno mismo permite adoptar una visión distanciada e irónica, lo que a su vez sirve para atenuar la dureza de algunas reflexiones.

La obra de Gil de Biedma, de breve extensión, se recoge completa en el volumen *Las personas del verbo* (1982). Los principales libros que la componen son:

- *Compañeros de viaje* (1959): Evoca el mundo de la infancia y la adolescencia, la amistad y el amor. Otros poemas tratan del dolor provocado por la historia española.
- *Moralidades* (1966): Combina la nostalgia del pasado con una reflexión crítica sobre los valores de la burguesía y la situación contemporánea de España.
- *Poemas póstumos* (1968): Con la madurez se intensifica el pesimismo y la tristeza por el paso del tiempo y la no realización de los ideales personales.

6. La poesía de Gloria Fuertes

La celebración en el año 2017 del Centenario del nacimiento de Gloria Fuertes (1917-1998) ha servido para dar a conocer y reivindicar la gran importancia de su obra lírica. La obra de Gloria Fuertes, integrante destacada de la Generación del 50, está muy influida por su biografía. Su conciencia de ser distinta desde niña y sus ansias de libertad y plenitud frustradas por los convencionalismos sociales y los reveses de la vida harán aflorar una notable amargura en su obra, combinada, sin embargo, con el humor.

Gloria Fuertes desarrolla paralelamente dos facetas literarias. Por una parte, escribe literatura infantil y participa en programas de radio y televisión para niños de gran éxito en España, lo que la convierte en un personaje muy popular desde mediados de los años 70. Prueba de la calidad de su obra infantil es la concesión de un diploma de honor del premio Hans Christian Andersen.

Al mismo tiempo Gloria Fuertes desarrolla una importante obra poética para adultos. A principios de los años 40 había conocido al poeta Carlos Edmundo de Ory y se había introducido en el *Postismo*, un movimiento vanguardista vinculado con el surrealismo y cuyos miembros afirmaban rendir culto al disparate. Después de la aparición de su primera obra, *Isla ignorada* (1950), publicará fuera de España *Antología y poemas del suburbio* y *Todo asusta*, dos libros de temática social y con una clara intención crítica. Parte de la poesía de este periodo está recogida en la antología *Que estás en la tierra* (1962) [realizada por Jaime Gil de Biedma]. En 1973 publicará *Sola en la sala*, un libro dominado por los sentimientos de insatisfacción amorosa, soledad y dolor tras el fallecimiento de la que fue su compañera durante 20 años, la hispanista norteamericana Phyllis Turnbull. Su poesía de los últimos años, muy marcada por la soledad, se reúne en el volumen *Mujer de verso en pecho* (1995).

Entre los rasgos más característicos de la obra de Gloria Fuertes se encuentran los siguientes:

- El dominio de las temáticas existencial (soledad, insatisfacción, tristeza, resignación) y social (la comprensión, la solidaridad, la denuncia de la injusticia), con múltiples referencias autobiográficas.
- El tono sencillo y conversacional de sus poemas.
- La presencia constante de la ternura.

- La mezcla de elementos dolorosos y humorísticos, con frecuencia en un contraste muy marcado (un poema amargo puede terminar con un golpe de humor en anticlímax).
- El gusto por la dimensión lúdica de la literatura: juegos de palabras (en especial, diversos tipos de paronomasias: p.e. el propio título de *Sola en la sala*), juegos con las rimas (a veces muy sencillas y marcadas), aliteraciones, etc.

Algunos de estos elementos otorgan a su obra “seria” una apariencia infantil o *naíf* que la vinculan con su poesía para niños.

7. *Los novísimos*

Como culminación del proceso de evolución de la lírica española en las tres décadas posteriores a la Guerra Civil, a finales de los años 60 aparece un nuevo grupo de poetas: la *Promoción del 68* o *Los novísimos* [esta última denominación está basada en una exitosa antología publicada en 1970 por el crítico José María Castellet titulada *Nueve novísimos poetas españoles*, que difundió la obra de los mismos]. La poesía de *los novísimos* se aleja del realismo y la manifestación de los sentimientos propia de la poesía del conocimiento para practicar una poesía experimental dominada por las referencias culturales, la presencia de elementos pop y contraculturales y la reflexión metapoética. Entre los autores más conocidos de este grupo se encuentran **Pere Gimferrer** (cuya obra *Arde el mar*, de 1966, se suele considerar el punto de partida de esta estética), Antonio Martínez Sarrión o Ana María Moix.

Tras una etapa de gran interés por la poesía experimental de *Los novísimos*, con la Transición y el desarrollo de la democracia muchos poetas jóvenes van a volver a adoptar como modelo el intimismo de la poesía del conocimiento de autores como Gil de Biedma. La influencia de este autor es evidente en la llamada *poesía de la experiencia*, desarrollada desde los años 80 y a la que se adscriben poetas tan importantes en la actualidad como Luis García Montero o Felipe Benítez Reyes.

**La poesía española posterior a la Guerra Civil:
Miguel Hernández, Blas de Otero, Gil de Biedma y Gloria Fuertes
(y algunos autores actuales)**

Miguel Hernández

[Como el toro he nacido]

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

El rayo que no cesa, 1936.

Elegía a Ramón Sijé

*En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto
como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.*

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,

que por doler me duele hasta el aliento.
Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

El rayo que no cesa, 1936.

[Nanas de la cebolla]

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre.
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre su cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna

cuando es preciso.
Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pones alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbite el párpado,
y el niño como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño;
nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

*Cancionero y romancero de ausencias
Poemas últimos, 1941-1942.*

Leopoldo Panero

Hijo mío

Desde mi vieja orilla, desde la fe que siento,
hacia la luz primera que toma el alma pura,
voy contigo, hijo mío, por el camino lento
de este amor que me crece como mansa locura.

Voy contigo, hijo mío, frenesí soñoliento
de mi carne, palabra de mi callada hondura,
música que alguien pulsa no sé dónde, en el viento,
no sé dónde, hijo mío, desde mi orilla oscura.

Voy, me llevas, se torna crédula mi mirada,
me empujas levemente (ya casi siento el frío);
me invitas a la sombra que se hunde a mi pisada,

me arrastras de la mano... Y en tu ignorancia frío,
y a tu amor me abandono sin que me quede nada,
terriblemente solo, no sé dónde, hijo mío.

Escrito a cada instante, 1949.

Dámaso Alonso

Insomnio

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).
A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo
en este nicho en el que hace 45 años que me pudro,
y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros,
o fluir blandamente la luz de la luna.
Y paso largas horas gimiendo como el huracán,
ladrando como un perro enfurecido,
fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.
Y paso largas horas preguntándole a Dios,
preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma,
por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid,
por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día,
las tristes azucenas letales de tus noches?

Hijos de la ira, 1944.

León Felipe

Sé todos los cuentos

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
Que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan
con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.

Y ahora me voy

Y me voy sin haber recibido mi legado,
sin haber habitado mi casa,
sin haber cultivado mi huerto,
sin haber sentido el beso de la siembra y de la luz.
Me voy sin haber dado mi cosecha,
sin haber encendido mi lámpara,
sin haber repartido mi pan...
Me voy sin que me hayáis entregado mi hacienda.
Me voy sin haber aprendido más que a gritar y a maldecir,
a pisar bayas y flores...
me voy sin haber visto el amor,
con los labios amargos llenos de baba y de blasfemias,
y con los brazos rígidos y erguidos, y los puños cerrados,
pidiendo Justicia fuera del ataúd.

Gabriel Celaya

La poesía es un arma cargada de futuro

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante,
mas se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmado,
como un pulso que golpea las tinieblas,

cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades.

Se dicen los poemas
que ensanchan los pulmones de cuantos, asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.

Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigio,
como mágica evidencia, lo real se nos convierte
en lo idéntico a sí mismo.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.

Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.

Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica qué puedo.
Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

Cantos iberos, 1955.

Blas de Otero

Hombre

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

Ángel fieramente humano, 1950.

[A la inmensa mayoría]

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle: entonces
comprendió: y rompió todos sus versos.

Así es, así fue. Salió una noche
echando espuma por los ojos, ebrio
de amor, huyendo sin saber adónde:
a donde el aire noapestase a muerto.

Tiendas de paz, brizados pabellones,
eran sus brazos, como llama al viento;
olas de sangre contra el pecho, enormes
olas de odio, ved, por todo el cuerpo.

¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Ángeles atroces
en vuelo horizontal cruzan el cielo;
horribles peces de metal recorren
las espaldas del mar, de puerto a puerto.

Yo doy todos mis versos por un hombre
en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,
mi última voluntad. Bilbao, a once
de abril, cincuenta y uno.

Blas de Otero

Pido la paz y la palabra, 1955.

José Hierro

A orillas del East River

I

En esta encrucijada,
flagelada por vientos de dos ríos
que despeinan la calle y la avenida,
pisoteada su negrura por gaviotas de luz,
descienden las palabras a mi mano,
picotean los granos de rocío,
buscan entre mis dedos las migajas de
lágrimas.

Siempre aspiré a que mis palabras,
las que llevo al papel,
continuasen llorando
-de pena, de felicidad, de desesperanza,
al fin, todo es lo mismo-,
porque yo las había llorado antes;
antes de que desembocasen en el papel
blanquísimo,
en el papel deshabitado, que es el morir.
Dejarían en él los ecos asordados, empa-
ñados,
de lo que tuvo vida.
Alguien advertiría la humedad de las lá-
grimas,
lloraría por seres que jamás conoció,
que acaso no es posible que existieran
aunque estuvieron vivos
en el recuerdo o en la imaginación.
Lloraríamos todos por los desconocidos,
los -para mí -difuminados
en la magia del tiempo.

Contra las estructuras
de metal y de vidrio nocturno
rebotan las palabras aún sin forma,
consagradas en el torbellino helado,
y no me hacen llorar.
Yo ya no sé llorar. ¡Y mira que he llorado!

II

Yo ya no lloro,
excepto por aquello que algún día
me hizo llorar:
los aviones que proclamaban
que todo había terminado;
la estación amarilla diluida en la noche
en la que coincidían, tan sólo unos instan-
tes,
el tren que partía hacia el norte
y el que partía hacia el oeste
y jamás volverían a encontrarse;
y la voz de Juan Rulfo: «diles que no me
maten»;
y la malagueña canaria;
y la niña mendiga de Lisboa
que me pidió un «besiño».

Yo ya no lloro.
Ni siquiera cuando recuerdo
lo que aún me queda por llorar.

Cuaderno de Nueva York, 1998.

Ángel González

Inventario de lugares propicios al amor

Son pocos.

La primavera está muy prestigiada, pero es mejor el verano.

Y también esas grietas que el otoño forma al interceder con los domingos en algunas ciudades ya de por sí amarillas como plátanos.

El invierno elimina muchos sitios: quicios de puertas orientadas al norte, orillas de los ríos, bancos públicos.

Los contrafuertes exteriores de las viejas iglesias dejan a veces huecos utilizables aunque caiga nieve.

Pero desengañémonos: las bajas temperaturas y los vientos húmedos lo dificultan todo.

Las ordenanzas, además, proscriben la caricia (con exenciones para determinadas zonas epidérmicas -sin interés alguno-

en niños, perros y otros animales) y el «no tocar, peligro de ignominia» puede leerse en miles de miradas.

¿Adónde huir, entonces?

Por todas partes ojos bizcos, córneas torturadas, implacables pupilas, retinas reticentes, vigilan, desconfían, amenazan.

Queda quizá el recurso de andar solo, de vaciar el alma de ternura y llenarla de hastío e indiferencia, en este tiempo hostil, propicio al odio.

Tratado de urbanismo, 1967.

Gloria Fuertes

Autobiografía

Gloria Fuertes nació en Madrid
a los dos días de edad,
pues fue muy laborioso el parto de mi
madre
que si se descuida muere por vivirme.
A los tres años ya sabía leer
y a los seis ya sabía mis labores.
Yo era buena y delgada,
alta y algo enferma.
A los nueve años me pilló un carro
y a los catorce me pilló la guerra;
A los quince se murió mi madre, se fue
cuando más falta me hacía.
Aprendí a regatear en las tiendas
y a ir a los pueblos por zanahorias.
Por entonces empecé con los amores,
-no digo nombres-,
gracias a eso, pude sobrellevar
mi juventud de barrio.
Quise ir a la guerra, para pararla,
pero me detuvieron a mitad del camino.
Luego me salió una oficina,
donde trabajo como si fuera tonta,
-pero Dios y el botones saben que no lo soy-.
Escribo por las noches
y voy al campo mucho.
Todos los míos han muerto hace años
y estoy más sola que yo misma.
He publicado versos en todos los
calendarios,
escribo en un periódico de niños,
y quiero comprarme a plazos una flor
natural
como las que le dan a Pemán algunas
veces.

Al borde

Soy alta;
en la guerra
llegué a pesar cuarenta kilos.
He estado al borde de la tuberculosis,
al borde de la cárcel,
al borde de la amistad,
al borde del arte,
al borde del suicidio,
al borde de la misericordia,
al borde de la envidia,
al borde de la fama,
al borde del amor,
al borde de la playa,
y, poco a poco, me fue dando sueño,
y aquí estoy durmiendo al borde,
al borde de despertar.
En las noches claras,
resuelvo el problema de la soledad del ser.
Invito a la luna y con mi sombra somos
tres.

[La poesía no debe ser un arma]

La poesía no debe ser una arma,
debe ser un abrazo,
un invento,
un descubrir a los demás
lo que les pasa por dentro,
eso, un descubrimiento,
un aliento,
un aditamento,
un estremecimiento.
La poesía debe ser
obligatoria.

Parejas

Cada abeja con su pareja.
Cada pato con su pata.

Cada loco con su tema.
Cada tomo con su tapa.

Cada tipo con su tipa.
Cada pito con su flauta.

Cada foco con su foca.
Cada plato con su taza.

Cada río con su ría.
Cada gato con su gata.

Cada lluvia con su nube.
Cada nube con su agua.

Cada niño con su niña.
Cada piñón con su piña.

Cada noche con su alba.

Nací para poeta o para muerto...

Nací para poeta o para muerto,
escogí lo difícil
—supervivo de todos los naufragios—,
y sigo con mis versos,
vivita y coleando.

Nací para puta o payaso,
escogí lo difícil
—hacer reír a los clientes
desahuciados—,
y sigo con mis trucos,
sacando una paloma del refajo.

Nací para nada o soldado,
y escogí lo difícil
—no ser apenas nada en el tablado—,
y sigo entre fusiles y pistolas
sin mancharme las manos.

En el árbol de mi pecho

En el árbol de mi pecho
hay un pájaro encarnado.

Cuando te veo se asusta,
aletea, lanza saltos.

En el árbol de mi pecho
hay un pájaro encarnado.

Cuando te veo se asusta,
¡eres un espantapájaros!

[A veces quiero preguntarte cosas]

A veces quiero preguntarte cosas...
A veces quiero preguntarte cosas,
y me intimidas tú con la mirada,
y retorno al silencio contagiada
del tímido perfume de tus rosas.

A veces quise no soñar contigo,
y cuanto más quería más soñaba,
por tus versos que yo saboreaba,
tú el rico de poemas, yo el mendigo.

Pero yo no adivino lo que invento,
y nunca inventaré lo que adivino
del nombre esclavo de mi pensamiento.

Adivino que no soy tu contento,
que a veces me recuerdas, imagino,
y al írtelo a decir mi voz no siento.

[Empezamos a saber vivir]

Empezamos a saber vivir
un poco antes de morir.
(¡Qué putada!)

Jaime Gil de Biedma

Contra Jaime Gil de Biedma

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación -y ya es decir-,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos
que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
-seguro de gustar- es un resto penoso,
un intento patético.
Mientras que tú me miras con tus ojos
de verdadero huérfano, y me lloras
y me prometes ya no hacerlo.

Si no fueses tan puta!
Y si yo no supiese, hace ya tiempo,
que tú eres fuerte cuando yo soy débil
y que eres débil cuando me enfurezco...
De tus regresos guardo una impresión confusa

de pánico, de pena y descontento,
y la desesperanza
y la impaciencia y el resentimiento
de volver a sufrir, otra vez más,
la humillación imperdonable
de la excesiva intimidad.

A duras penas te llevaré a la cama,
como quien va al infierno
para dormir contigo.
Muriendo a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos.
Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble
que es amarse a sí mismo!

Poemas póstumos, 1969.

No volveré a ser joven

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
–como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.
Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
–envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.
Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

Poemas póstumos, 1969.

De vita beata

En un viejo país ineficiente,
algo así como España entre dos guerras
civiles, en un pueblo junto al mar,
poseer una casa y poca hacienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pagar cuentas,
y vivir como un noble arruinado
entre las ruinas de mi inteligencia.

Poemas póstumos, 1969.

Antonio Martínez Sarrión

El cine de los sábados

maravillas del cine galerías
de luz parpadeante entre silbidos
niños con su mamá que iban abajo
entre panteras un indio se esfuerza
por alcanzar los frutos más dorados
ivonne de carlo baila en scherezade
no sé si danza musulmana o tango
amor de mis quince años marilyn
ríos de la memoria tan amargos
luego la cena desabrida y fría
y los ojos ardiendo como faros

Teatro de operaciones, 1967.

Pere Gimferrer

Arde el mar

Oh ser un capitán de quince años
viejo lobo marino las velas desplegadas
las sirenas de los puertos y el hollín y el silencio en las barcazas
las pipas humeantes de los armadores pintados al óleo
las huelgas de los cargadores las grúas paradas ante el cielo de zinc
los tiroteos nocturnos en la dársena fogonazos un cuerpo en las aguas
con sordo estampido
el humo en los cafetines
Dick Tracy los cristales empañados la música zíngara
los relatos de pulpos serpientes y ballenas
de oro enterrado y de filibusteros
un mascarón de proa el viejo dios Neptuno
una dama en las Antillas ríe y agita el abanico de nácar bajo los cocoteros

Arde el mar, 1966.

Luis García Montero

Garcilaso 1991

Mi alma os ha cortado a su medida,
dice ahora el poema,
con palabras que fueron escritas en un tiempo
de amores cortesanos.

Y en esta habitación del siglo XX,
muy a finales ya,
preparando la clase de mañana,
regresan las palabras sin rumor de caballos,
sin vestidos de corte,
sin palacios.

Junto a Bagdad herido por el fuego,
mi alma te ha cortado a su medida.
Todo cesa de pronto y te imagino
en la ciudad, tu coche, tus vaqueros,
la ley de tus edades,
y tengo miedo de quererte en falso,
porque no sé vivir sino en la apuesta,
abrasado por llamas que arden sin quemarnos
y que son realidad,
aunque los ojos miran la distancia
en los televisores.

A través de los siglos,
saltando por encima de todas las catástrofes,
por encima de títulos y fechas,
las palabras retornan al mundo de los vivos,
preguntan por su casa.

Ya sé que no es eterna la poesía,
pero sabe cambiar junto a nosotros,
aparecer vestida con vaqueros,
apoyarse en el hombre que se inventa un amor
y que sufre de amor
cuando está solo.

Habitaciones separadas, 1994.

Confesiones

Yo te estaba esperando.
Más allá del invierno, en el cincuenta y ocho,
de la letra sin pulso y el verano
de mi primera carta,
por los pasillos lentos y el examen,
a través de los libros, de las tardes de fútbol,
de la flor que no quiso convertirse en almohada,
más allá del muchacho obligado a la luna,
por debajo de todo lo que amé,
yo te estaba esperando.
Yo te estoy esperando.
Por detrás de las noches y las calles,
de las hojas pisadas
y de las obras públicas
y de los comentarios de la gente,
por encima de todo lo que soy,
de algunos restaurantes a los que ya no vamos,
con más prisa que el tiempo que me huye,
más cerca de la luz y de la tierra,
yo te estoy esperando.
Y seguiré esperando.
Como los amarillos del otoño,
todavía palabra de amor ante el silencio,
cuando la piel se apague,
cuando el amor se abrace con la muerte
y se pongan más serias nuestras fotografías,
sobre el acantilado del recuerdo,
después que mi memoria se convierta en arena,
por detrás de la última mentira,
yo seguiré esperando.

Completamente viernes, 1998.

La tristeza del mar cabe en un vaso de agua

Los hombres tristes, que tienen en sus ojos un café de provincias,
que no saben mentir como quien dice,
que se esconden detrás de los periódicos,
que se quedan sentados en su silla cuando la fiesta baila,
que gastan por zapatos una tarde de lluvia,
que saludan con miedo, que de pronto una noche se deshacen,
que cantan perseguidos por la risa,
que abrazan,
que importunan hasta quedarse solos,
que retornan después a su tristeza igual que a su pañuelo y a su vaso de agua,
que ven cómo se alejan las novias y los barcos,
esos hombres manchados por las últimas horas de la ocasión perdida,
se parecen a mí.

Vista cansada, 2008.

Felipe Benítez Reyes

Advertencia

Si alguna vez sufres –y lo harás–
por alguien que te amó y que te abandona,
no le guardes rencor ni le perdones:
deforma su memoria el rencoroso
y en el amor el perdón es sólo una palabra
que no se aviene nunca a un sentimiento.
Soporta tu dolor en soledad,
porque el merecimiento aun de la adversidad mayor
está justificado si fuiste
desleal a tu conciencia, no apostando
sólo por el amor que te entregaba
su esplendor inocente, sus intocados mundos.
Así que cuando sufras –y lo harás–
por alguien que te amó, procura siempre
acusarte a ti mismo de su olvido
porque fuiste cobarde o quizá fuiste ingrato.
Y aprende que la vida tiene un precio
que no puedes pagar continuamente.
Y aprende dignidad en tu derrota
agradeciendo a quien te quiso
el regalo fugaz de su hermosura.

Los vanos mundos, 1985.

Luis Alberto de Cuenca

Collige, virgo, rosas

Niña, arranca las rosas, no esperes a mañana.
Córtalas a destajo, desaforadamente,
sin pararte a pensar si son malas o buenas.
Que no quede ni una. Púlete los rosales
que encuentres a tu paso y deja las espinas
para tus compañeras de colegio. Disfruta
de la luz y del oro mientras puedas y rinde
tu belleza a ese dios rechoncho y melancólico
que va por los jardines instilando veneno.
Goza labios y lengua, machácate de gusto
con quien se deje y no permitas que el otoño
te pille con la piel reseca y sin un hombre
(por lo menos) comiéndote las hechuras del alma.
Y que la negra muerte te quite lo bailado.

Por fuertes y fronteras, 1996.

[Dile cosas bonitas a tu novia]

Dile cosas bonitas a tu novia:
«Tienes un cuerpo de reloj de arena
y un alma de película de Hawks.»
Díselo muy bajito, con tus labios
pegados a su oreja, sin que nadie
pueda escuchar lo que le estás diciendo
(a saber, que sus piernas son cohetes
dirigidos al centro de la tierra,
o que sus senos son la madriguera
de un cangrejo de mar, o que su espalda
es plata viva) . Y cuando se lo crea
y comience a licuarse entre tus brazos,
no dudes ni un segundo:
bébetela.

El bosque y otros poemas, 1997.

El desayuno

Me gustas cuando dices tonterías,
cuando metes la pata, cuando mientes,
cuando te vas de compras con tu madre
y llego tarde al cine por tu culpa.
Me gustas más cuando es mi cumpleaños
y me cubres de besos y de tartas,
o cuando eres feliz y se te nota,
o cuando eres genial con una frase
que lo resume todo, o cuando ríes
(tu risa es una ducha en el infierno),
o cuando me perdonas un olvido.
Pero aún me gustas más, tanto que casi
no puedo resistir lo que me gustas,
cuando, llena de vida, te despiertas
y lo primero que haces es decirme:
«Tengo un hambre feroz esta mañana.
Voy a empezar contigo el desayuno».

El hacha y la rosa, 1993.